

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

LA ESPAÑA REAL SOBRE EL RESPETO

HACE ya cuarenta y tres años. El 15 de enero de 1932, cuando la República no había cumplido todavía un año, apareció en el diario «Luz», de tan corta vida, un artículo de Ortega titulado «Platónica advertencia sobre la respetabilidad del Estado».

Hablaba Ortega del respeto al Estado; y decía que el ciudadano, sean cualesquiera sus opiniones, respeta al Estado cuando se le impone la evidencia de que los gobernantes mismos lo respetan.

Quiero citar un sólo párrafo del artículo de Ortega, que termina con un paréntesis preñado de realidad, y por ello de contenido profético. Ortega escribía lo siguiente:

«¿Y en qué consiste ese respeto del gobernante al Estado? En la cosa más sencilla del mundo: en que maneje al Estado como lo que es, como un Poder «público», y no como un Poder particular. Desde el Estado no se puede favorecer ni agredir metódicamente a ningún grupo de los que integran la comunidad.»

nunca estabilización, «estado». Es fácil decir, pero es falso decir, que son «nuevos» Estados. Ni nuevos ni viejos. Son precisamente lo otro. Lo propio acontece con el nacionalsocialismo de Alemania. ¡Aviso a los jóvenes que quieran de verdad buscar el verdadero Estado nuevo!».

Este es el párrafo. Y resulta, de entrada, que uno de los sentidos del «totalitarismo» es ser «particularismo»: entender el Estado como un poder particular, que no tiene en cuenta a ciertos grupos de los que integran una sociedad, un país, o si los tiene en cuenta es para «agredirlos metódicamente».

Esta es la razón de que el Estado que no se respeta tenga que ser primariamente represivo. Tiene que consumir lo mejor de sus energías en un aparato destinado a reprimir una subversión real o meramente posible, con la cual cuenta porque es la consecuencia inevitable de su condición.

Se dirá que hay Universidades en que esto no es posible: pero es porque previamente han dejado de ser Universidades, han sido desposeídas de su función, se han «contaminado» de una afección más general de la sociedad política entera.

otra zona de la sociedad) llevados a la Universidad porque no tienen lugar lícito en que plantearse y ventilarse, o con el propósito de dinamitar la Universidad y hacerla imposible.

Yo mediría el grado de legitimidad de los Estados —o de las fases del «mismo» Estado— por la cuantía en que se permitan la agresión a los diversos grupos sociales. En un extremo está el Estado plenamente legítimo, de todos los ciudadanos —que por eso son ciudadanos—, que jamás se permitiría una agresión contra ninguno —ni, por supuesto, contra un grupo social: región, clase, estamento, profesión—; que, por eso mismo, tampoco toleraría ser agredido.

A veces, un Estado que ha ejercido durante largos años el Poder de un modo particularista y agresivo, empieza a advertir la inestabilidad de esa actitud —la imposibilidad de que eso sea un «Estado»— y tímidamente inicia su desplazamiento hacia una vida «pública».

El peligro es que los «totalitarios» —todos los totalitarios— se alarmen y decidan cortar de raíz esa nueva planta que quisiera germinar. Unos quieren mantener la agresión, porque para ellos mandar es agredir; se apresuran a conseguir que los gobernantes se «arrepientan» de haber razonado, de haber dado explicaciones, de haber contado con el país.

Julión MARIAS

RECUPERANDO EL SIGLO XVIII

La lucha por las "luces"

POCO a poco, vamos «recuperando» el siglo XVIII. Era un siglo ante el cual la historiografía hispánica había mantenido, hasta hace cuatro días, una actitud prácticamente unánime de aprensión, e incluso de desdén.

Y no se trata, desde luego, de darle la vuelta al calcetín y poner por las nubes lo que antes se echaba por los suelos. La penosa rutina de valerse de la «historia» como de un arma —en definitiva— política, gracias a Dios, va de capa caída.

lo que se está haciendo es, simplemente, «historia» sin la habitual superstición de las nociones tópicas. Por lo que ya podemos juzgar, el saldo es que no hubo tanta «decadencia» —y valga el término— como se decía, y que, de un modo u otro, hubo una gente animosa que, dentro de lo posible, hizo cuanto estuvo a su alcance para «ir tirando» a su aire, y, de paso, «avanzar».

Ahora tengo ante mí un libro excepcional: «Gregori Mayans i la cultura de la Il·lustració». La circunstancia de que su autor sea amigo mío de años no influye para nada en mi opinión. El doctor Vicent Peset, vástago —y no el último— de una brillante dinastía de intelectuales valencianos, ha sido uno de los pioneros en la revalorización de la figura de Mayans: mejor, en la revalorización de Mayans y de cuantos antes y en torno de Mayans plantearon la esperanza de «las luces», primero, en el País Valenciano, luego —con el puente Mayans-Finestres—, en los Países Catalanes, y, finalmente, a escala de la monarquía española.

Don Gregorio Mayans i Siscar fue, sin duda, y repito, sin duda alguna, el intelectual «español» más activo, más documentado, más abierto,

del XVIII. Comparar a Feijoo con Mayans, por ejemplo, es una operación ridícula. Don Gregorio Mazarón, en su vistoso paseo por el Setecientos castibérico, no se enteró de nada. Por lo demás, el famoso beneditino gallego no pasó de redactar un «reader-digest», indiscutiblemente eficaz, pero que no pasaba de ahí. Mayans fue otra cosa. No sólo el Mayans editado, sino —y sobre todo— el Mayans de la correspondencia privada. Los teatinos Casanovas y Batllori dieron a las prensas el epistolario entre Finestres y Mayans. Mossèn Antoni Mestre, con el patrocinio del Ayuntamiento de Oliva, amplió considerablemente la perspectiva, con cuatro o cinco gruesos volúmenes. El Mayans ahogado por las retenciones oficiales, por el mangoneo cortesano, por la hostilidad local, resurge a dos siglos de distancia, y se precisa como el único —probablemente único— «español» europeamente «resentable».

Peset, historiador de la medicina, se encontró con Mayans, que ni era médico ni Cristo que lo fundó, y advirtió la briosa ejemplaridad cultural de Mayans, que incluía también a los médicos, y especialmente a los historiadores de la medicina. Con Mayans entre manos, Peset siguió la pista del personaje más allá de las fronteras de la corona. Y de pronto, impensadamente, en la neutra y descuidada España del siglo XVIII, deenostada por enciclopedistas galos, objeto de rescacones heredados del falso imperio de la Filippiada, Mayans representa un inicio de «conversión». El tremendamente laborioso papel que Vicent Peset dedica a los «amigos extranjeros» de Mayans, revela hasta qué punto Mayans era, desde su reducido comarca de Oliva, todo un personaje internacionalmente válido.

gámoslo todo: en casa del señor Mayans— era otra cosa: era lo único serio... Mayans da la impresión de haber sido un fulano de mal genio y personalmente inaguantable. Pero fue generoso: se pasó la vida ayudando a los demás, facilitándoles noticias, copias de manuscritos o de libros impresos, sugerencias, pistas de estudio, y todo lo que era posible. Un día se darán cuenta, los carpetovetónicos, de lo que Mayans fue, y fue «para ellos». La obra de Vicent Peset ayuda a ponerlo en claro en términos eminentes.

Otra implicación del tema —su premisa— es abordada por Vicent Peset: la renovación filosófico-científica de finales del XVII. En el aspecto filosófico, eso es poco conocido. Mossèn Frederic Clascar apuntó algo en su juventud de seminarista, en un librito inhallable, y la tesis doctoral de doña Olga Quiroz Martínez, «La introducción de la Filosofía moderna en España», publicada en México en 1949, tirada en 500 ejemplares, es otra información difícil. De estas noticias salta a la vista que, en la agonía del barroco español, algo germinaba, en contra. No podemos olvidar que a la hipótesis de una «democracia frailuna», enunciada por don Marcelino Menéndez, correspondía una «cultura frailuna». La «democracia» es discutible, la «cultura» no lo es: está ahí, con una cantidad de monjas y frailes, y clérigos seculares, y laicos, algunos canonizados o beatificados, que responden a la etiqueta. A finales de ese siglo XVII calderoniano, místico, milagrero, aristotélico, casuista, media docena de individuos en Valencia se interesaban por las matemáticas, por Descartes, por Gassendi, por la física, por las autopsias, o sea, por la anatomía «verificada»... Esa «guerrilla» —compuesta, naturalmente, de curas y frailes— fue una irrupción estimulante. Vicent Peset examina sus pasos, en el primer capítulo de su «Gregori Mayans i la cultura de la Il·lustració». Otro volumen distinguido —quinientas páginas más—, preparado por Vicent Peset, recogía la correspondencia entre Mayans y los médicos de su alrededor. Eso fue en 1972. Hoy podemos sumar y seguir más datos. Las «Luces», la lucha por las «Luces», surgida del culo del barroco, de su agonía, dio un bello resultado. Era el «liberalismo». Pero a partir de ahí todo es ya otra «historia»...

Joan FUSTER

DIBUTECA. MUEBLES DE TRABAJO GRADUABLES Y PLANAS. ARAGON 451 T. 2254915 BARCELONA

GANE 200 PTAS. HORA. TRICOTANDO EN SU HOGAR. MUNTANER, 269 (encima Diagonal)

PARA ESTUDIANTES de 8.º E. G. B. y SIMILARES. UNCEP. UNION NACIONAL DE CENTROS DE ENSEÑANZA TECNICA. MUEVOS CURSOS PROFESIONALES. ELECTRONICA INDUSTRIAL - RADIO TV y SONIDO.